

## 2

## Discusión acerca de la opinión preponderante de un carácter sexual

Con el fin de explicar y excusar la tiranía de los hombres, se han esgrimido muchos argumentos ingeniosos para demostrar que los dos sexos, en el logro de la virtud, deben tender a alcanzar un carácter muy diferente; o, para expresarlo de modo más explícito, no se admite que las mujeres posean la suficiente fortaleza de mente para adquirir lo que realmente merece el nombre de virtud. Sin embargo, al admitir que tienen almas, debería parecer que sólo hay un camino designado por la Providencia para conducir a la *humanidad* a la virtud o la felicidad.

Si las mujeres no son una manada de seres frívolos y efímeros, ¿por qué se las debería mantener en la ignorancia bajo el nombre engañoso de inocencia? Los hombres se quejan, y con razón, de la insensatez y los caprichos de nuestro sexo, cuando no se burlan con agudeza de nuestras impulsivas pasiones y nuestros vicios serviles. He aquí lo que debería responder: ¡el efecto natural de la ignorancia! La mente que sólo descansa en prejuicios siempre será inestable y la corriente marchará con furia destructiva cuando no existan barreras que rompan su fuerza. A las mujeres, desde su infancia, se les dice, y se les enseña con el ejemplo de sus madres, que para obtener la protección del hombre basta un pequeño conocimiento de la debilidad humana, denominado astucia de forma más precisa, suavidad de temperamento, *aparente* obediencia y una atención

escrupulosa a una especie de decoro pueril; y, si son hermosas, todo lo demás es innecesario, al menos durante 20 años de sus vidas.

De este modo describe Milton a nuestra primera y frágil madre; aunque, cuando nos dice que las mujeres fueron creadas para la dulzura y la gracia seductora<sup>1</sup>, no puedo comprender su significado, a menos que, en el verdadero sentido mahometano, pensase en privarnos del alma<sup>2</sup> e insinuar que sólo somos seres designados para agradar los sentidos del hombre mediante el encanto dulce y atractivo y la obediencia ciega y dócil, cuando el mismo hombre no puede por más tiempo elevarse sobre las alas de la contemplación.

¿De qué modo tan grosero nos insultan quienes así nos aconsejan hacer de nosotras sólo animales gentiles y domésticos! Por ejemplo, la encantadora dulzura que gobierna bajo la obediencia y que tan calurosa y frecuentemente es recomendada. ¿Qué expresiones tan pueriles, y qué insignificante es el ser —¿puede ser inmortal?— que condesciende a gobernar mediante métodos tan deplorables! Lord Bacon afirma: «Ciertamente, el hombre pertenece a la familia de las bestias por su cuerpo; y, si no perteneciera a la de Dios por su espíritu, sería una criatura baja e innoble»<sup>3</sup>. Es cierto; me parece que los hombres actúan de modo muy poco filosófico cuando tratan de lograr la buena conducta de las mujeres manteniéndolas siempre en un estado de infancia. Rousseau fue más coherente cuando deseaba detener el progreso de la razón en ambos sexos, porque, si los hombres comen del árbol del conocimiento, las mujeres irán a probarlo; pero de la formación imperfecta que ahora reciben sus entendimientos sólo logran el conocimiento del mal.

Reconozco que los niños deberían ser inocentes; pero, cuando este epíteto se aplica a hombres o mujeres, sólo es un término cortés de debilidad. Porque si se admite que las mujeres estaban desti-

<sup>1</sup> Milton, *El paraíso perdido*, IV, 297-299: «Él nacido para la reflexión y el valor, ella para la dulzura y la gracia seductora; él sólo para Dios, ella para Dios y para él».

<sup>2</sup> Wollstonecraft se hace eco de ideas negativas sobre el islam que gozaron de gran predicamento en su época.

<sup>3</sup> Francis Bacon (1561-1626); autor renacentista y filósofo. *Ensayos* (1625), XVI, «Del ateísmo».

nadas por la Providencia a adquirir las virtudes humanas, mediante el ejercicio de su entendimiento, y ese equilibrio de carácter que constituye el terreno más sólido donde sostener nuestras esperanzas futuras, se les debe permitir volver a la fuente de luz, en vez de forzarlas a adaptar su curso al titilar de un mero satélite. Confieso que Milton fue de una opinión muy diferente, ya que sólo reconoce el irrevocable derecho de la belleza, aunque resulta difícil hacer consistentes dos pasajes que quiero contrastar ahora. Pero a menudo grandes hombres, llevados por sus sentidos, se han visto en similares inconsistencias.

Eva, adornada de una *belleza perfecta*,  
le respondió: «Mi autor y mi soberano,  
manda que yo te obedezca *sin replicar*»;  
Dios lo ordena así; Dios es tu ley,  
y tú eres mía. La gloria de una mujer  
y su ciencia más dichosa  
se cifra en no saber más<sup>4</sup>.

Estos son los argumentos que he empleado exactamente para los niños, pero he añadido: vuestra razón ahora está consiguiendo fuerza y hasta que alcancéis cierto grado de madurez, debéis pedir-me consejo; después tenéis que meditar y sólo confiar en Dios.

Sin embargo, Milton parece estar de acuerdo conmigo en los versos siguientes, cuando hace que Adán objete frente a su Creador:

¿No me has hecho tu representante?  
¿No has ordenado que esas criaturas  
estuvieran colocadas en una categoría  
muy inferior a la mía? Entre seres *desiguales*,  
¿qué sociedad, qué armonía, qué verdadera  
delicia puede existir? Todo lo que ha de ser mutuo  
debe darse y recibirse en justa proporción;

<sup>4</sup> Milton, *El paraíso perdido*, IV, 634-638.

pero en la *desigualdad*, si el uno está muy elevado y el otro rebajado, no pueden concertarse mutuamente, sino, por el contrario, pronto será enojoso. Yo quiero hablar de *compañía* tal cual la busco, capaz de participar de todo goce racional<sup>5</sup>.

Así pues, al tratar la conducta de las mujeres, prescindamos de los argumentos sensuales y esforcémonos en intentar cooperar, si la expresión no resulta demasiado osada, con el Ser Supremo.

Por educación individual entiendo (pues el sentido de la palabra no está definido con precisión) una atención al niño para que agudice lentamente los sentidos y forme el carácter, regule las pasiones cuando comienzan a bullir y ponga a funcionar el entendimiento antes de que el cuerpo alcance la madurez, de tal forma que el hombre sólo continúe, no comience, la importante labor de aprender a razonar y pensar.

Para evitar cualquier interpretación equivocada, debo añadir que no considero que la educación personal pueda hacer milagros, tal como le atribuyen algunos escritores optimistas. Los hombres y las mujeres deben educarse, en gran medida, a través de las opiniones y costumbres de la sociedad en la que viven. En cada época ha habido una corriente de opinión popular que ha sobresalido y ha dado al siglo, por expresarlo de algún modo, un carácter familiar. Por tanto, puede extraerse debidamente la conclusión de que, mientras que la sociedad no se constituya de modo diferente, no es posible esperar mucho de la educación. Sin embargo, resulta suficiente para mi propósito presente afirmar que, cualquiera que sea el efecto que las circunstancias tengan sobre las facultades, todo ser puede volverse virtuoso mediante el ejercicio de su propia razón. Pues si uno sólo fuese creado con inclinaciones viciosas, esto es, positivamente malo, ¿qué puede salvarnos del ateísmo? O ¿no será el Dios que adoramos un demonio?

---

<sup>5</sup> Milton, *El paraíso perdido*, VIII, 381-392.

Por consiguiente, la educación más perfecta constituye, en mi opinión, un ejercicio del entendimiento, orientado lo mejor posible para fortalecer el cuerpo e instruir el corazón. O, en otras palabras, que capacite al individuo tanto en el logro de prácticas de virtud como en la independencia. De hecho, es una farsa llamar virtuoso a un ser cuyas virtudes no son resultado del ejercicio de su propia razón. Esta era la opinión de Rousseau con respecto a los hombres; yo la extiendo a las mujeres y afirmo con seguridad que lo que las ha sacado de su ámbito ha sido el falso refinamiento y no el intento por adquirir cualidades masculinas. Sin embargo, el regío homenaje que reciben es tan embriagador que, mientras que las costumbres de la época no cambien y se formen sobre principios más razonables, puede que sea imposible convencerlas de que el poder ilegítimo que obtienen al degradarse a sí mismas resulta una maldición y de que deben regresar a la naturaleza y a la igualdad si desean preservar la satisfacción placida que transmiten los afectos sencillos. Pero en esta época debemos esperar, quizás, hasta que los reyes y nobles, iluminados por la razón, prefieran la dignidad real del hombre al estado de infantilismo, y se desprendan de sus llamativas galas hereditarias; pues entonces las mujeres no renuncian al poder arbitrario de la belleza, demostrarán que poseen *menos* inteligencia que el hombre.

Se me puede acusar de arrogante, pero, pese a ello, debo declarar que estoy firmemente convencida de que todos los escritores que han abordado el tema de la educación y la conducta femeninas, desde Rousseau hasta el doctor Gregory<sup>6</sup>, han contribuido a hacer de las mujeres los caracteres más débiles y artificiales que existen y, como consecuencia, los miembros más inútiles de la sociedad. Podría haber expresado esta convicción en un tono más comedido, pero me temo que habría parecido un fingido lloriqueo, no la ferviente expresión de mis sentimientos, extraídos del resultado evidente de la experiencia y la reflexión. Cuando llegué a esta

<sup>6</sup> John Gregory (1724-1773) fue el autor del popular *A Father's Legacy to his Daughters* (1774), que subraya la necesidad de que las mujeres jóvenes se comporten de forma femenina.

parte del tema, me referiré a los pasajes que más desapruuebo en las obras de los autores mencionados; pero primero es preciso advertir que mi objeción se extiende al propósito general de estos libros, que, en mi opinión, tienden a degradar a una mitad de la especie humana y a hacer agradables a las mujeres a expensas de toda virtud sólida.

Sin embargo, para discutir en el terreno de Rousseau, si el hombre ha obtenido un grado de perfección de mente cuando su cuerpo alcanza la madurez, sería apropiado que ella confiara en su entendimiento, para hacer a este y su esposa *uno*; y la hiedra airosa, abrazando al roble que la sostiene, formaría un todo en el que fuerza y belleza destacarían por igual. Pero ¡ay!, los maridos, al igual que sus esposas, a menudo sólo son niños grandes —mejor dicho, debido a una vida disipada precoz, apenas hombres en su apariencia externa—, y, si el ciego conduce al ciego, no es necesario que alguien descienda del cielo para contarnos la consecuencia.

En el actual estado corrupto de la sociedad, son muchas las causas que contribuyen a esclavizar a las mujeres, limitando su entendimiento y agudizando sus sentidos. Quizá una causa que disimuladamente ocasiona mayor mal que todas las restantes es su desinterés hacia el orden.

Hacer las cosas de modo ordenado supone el precepto más importante que en general las mujeres, al recibir únicamente un tipo de educación desordenada, rara vez observan tan estrictamente como los hombres que desde su infancia han sido educados por este método. Esta especie de suposición negligente —porque, ¿qué otro epíteto puede utilizarse para indicar la actividad azarosa de una suerte de sentido común instintivo que nunca ha superado la prueba de la razón?— les impide extraer generalizaciones de los hechos; de tal modo que hacen hoy lo que hicieron ayer, simplemente porque lo hicieron ayer.

Este desprecio del entendimiento en las primeras etapas de la vida tiene consecuencias más nefastas de lo que habitualmente se supone; porque el pequeño conocimiento que las mujeres de mayor capacidad de entendimiento alcanzan resulta, por distintas circunstancias, una especie más inconexa que el de los hombres y es

adquirido en mayor medida por puras observaciones de la vida real que de la comparación que ha sido individualmente observada, con los resultados de la experiencia generalizada mediante la especulación. Llevadas por su situación de dependencia y sus ocupaciones domésticas a estar más en sociedad, lo que aprenden es fragmentario y como, en general, el aprendizaje es para ellas sólo algo secundario, no persiguen ninguna materia con esa perseverante energía necesaria para dar fuerza a las facultades y claridad al juicio. En el estado presente de la sociedad, se requiere tan sólo un poco de aprendizaje para confirmar el carácter de un caballero, y los niños se ven obligados a someterse a unos cuantos años de disciplina. Pero, en la educación de las mujeres, el cultivo del entendimiento siempre está subordinado a la adquisición de ciertas capacidades corporales. Incluso cuando, debilitado por la reclusión y las falsas nociones de modestia, el cuerpo se ve impedido de alcanzar ese encanto y belleza que los miembros relajados y a medio formar nunca exhiben. Además, en la juventud no se desarrollan sus facultades mediante la rivalidad y, como no realizan estudios científicos serios, si poseen una agudeza natural, esta se orienta demasiado pronto hacia la vida y el comportamiento. Se ocupan de efectos y modificaciones, sin trazar el origen de sus causas, y las complicadas reglas que rigen la conducta constituyen un débil sustituto para los principios elementales.

Como prueba de que la educación ofrece esa apariencia de debilidad a las mujeres, podemos citar el ejemplo de los militares, que, como ellas, son enviados al mundo antes de que sus mentes se hayan provisto de conocimiento o se hayan fortalecido mediante principios. Las consecuencias son similares: los soldados adquieren unos pocos conocimientos de carácter superficial, recogidos de la corriente enfangada de la conversación, y alcanzan, al mezclarse continuamente en sociedad, lo que se denomina conocimiento del mundo. Esta confianza con las costumbres y hábitos cotidianos se ha confundido a menudo con un conocimiento del corazón humano. Pero ¿puede el resultado grosero de la observación casual, que nunca ha pasado la prueba del juicio, formado mediante la comparación de la especulación y la experiencia, merecer mejor ese nom-

bre? Los soldados, así como las mujeres, practican las virtudes menores con una amabilidad meticulosa. ¿Dónde se encuentra entonces la diferencia sexual, cuando la educación ha sido la misma? Todas las diferencias que puedo comprender surgen de la ventaja superior de la libertad, que permite a los primeros ver más mundo.

Quizá sea extraviarse del tema presente hacer una observación política, pero, como surgió de forma natural al hilo de mis reflexiones, no la pasaré por alto.

Los ejércitos permanentes nunca pueden estar constituidos por hombres decididos y fuertes; podrán ser máquinas bien disciplinadas, pero raramente incluirán hombres motivados por fuertes pasiones o de capacidades muy vigorosas. En cuanto a la profundidad del entendimiento, me aventuraré a afirmar que resulta tan raro encontrarlo en el ejército como entre las mujeres. Y mantengo que la causa es la misma. Puede observarse además que los oficiales están también especialmente centrados en sus personas, aficionados como son a los bailes, las habitaciones repletas de gente, las aventuras y las burlas<sup>7</sup>. La galantería, al igual que para el *bello sexo*, supone el objetivo de sus vidas; se les enseñó a agradar y sólo viven para ello. No obstante, no pierden su rango en la distinción de los sexos, dado que todavía se les reconoce una superioridad respecto a las mujeres, pese a que es difícil descubrir en qué consiste su superioridad, más allá de lo que acabo de mencionar.

La gran desgracia es esta, que ambos adquieren comportamientos antes que principios morales, y conocimiento de la vida antes de que hayan comprendido, mediante la reflexión, el gran planteamiento ideal de la naturaleza humana. El resultado es natural. Satisfechos con lo cotidiano, son presa de los prejuicios y, al dar crédito a todas sus opiniones, se someten ciegamente a la autoridad. De tal forma que, si poseen algún sentido, es una especie de mirada instintiva que reconoce las proporciones y decide respecto a la con-

---

<sup>7</sup> ¿Por qué deberían ser censuradas con acritud mal encarada las mujeres que se apasionen por los abrigos escarlata? ¿No las ha colocado la educación en el plano de los soldados, más que en el de cualquier otra clase de hombres? [N. de la A.]



ducta, pero que fracasa a la hora de analizar opiniones o entender argumentos complejos.

¿No podría aplicarse la misma observación a las mujeres? Mejor dicho, el argumento puede llevarse todavía más lejos, puesto que ambos se han quedado sin un puesto de utilidad debido a las distinciones no naturales establecidas en la vida civilizada. Las riquezas y los honores de carácter hereditario han convertido a las mujeres en ceros para dar categoría a las cifras. La ociosidad ha producido en la sociedad una mezcla de galantería y despotismo que lleva incluso a los mismos hombres, esclavos de sus amantes, a tiranizar a sus hermanas, esposas e hijas. Es cierto que esto sólo es una manera de mantenerlas en su lugar. Fortalezcamos la mente femenina ampliándola y concluirá la obediencia ciega. Pero, como el poder persigue la obediencia ciega, los tiranos y los libertinos están en lo cierto cuando tratan de mantener a la mujer en la oscuridad, porque los primeros sólo desean esclavos y los últimos, un juguete. El sensualista ha sido, en realidad, el más peligroso de los tiranos; las mujeres han sido embaucadas por sus amantes, como los príncipes por sus ministros, mientras soñaban que reinaban sobre ellos.

Aludo ahora especialmente a Rousseau, porque su personaje de Sofía es sin duda cautivador, pese a que resulta enormemente artificial. Sin embargo, lo que quiero criticar son los principios en los que se basa su educación, los cimientos de su carácter, no la estructura superficial. Pese a la cálida admiración que siento por el talento de este capaz escritor, cuyas opiniones con frecuencia tendré ocasión de citar, esta se vuelve siempre indignación, y el ceño serio de la virtud ofendida borra la sonrisa de complacencia que sus párrafos elocuentes acostumbran a suscitar, cuando leo sus voluptuosos ensueños. ¿Es este el hombre que, en su afán por la virtud, desterraría todas las artes delicadas de la paz y casi nos devolvería a la disciplina espartana? ¿Es este el hombre que disfruta retratando las fructuosas luchas de la pasión, el triunfo de las buenas disposiciones y las heroicas idas y venidas que dejan fuera de sí al alma encendida? ¿Cómo se rebajan estos inmensos sentimientos cuando describe el hermoso pie y el gesto seductor de su pequeña preferida! Pero abandono el asunto, por el momento; y, en lugar de censurar

severamente las efusiones pasajeras de una sensibilidad soberbia, tan sólo destacaré que cualquiera que haya mirado con benevolencia a la sociedad, con frecuencia debe haberse sentido gratificado a la vista del modesto amor mutuo que no dignifica el sentimiento o fortalece la unión desde motivos intelectuales. Las menudencias domésticas diarias han dado pie a la conversación animosa y las caricias inocentes han suavizado las labores que no requerían gran esfuerzo de mente o amplitud de pensamiento. ¿No ha suscitado más ternura que respeto esta imagen de felicidad moderada? Una emoción similar a la que sentimos cuando los niños juegan o los animales retozan<sup>8</sup>; mientras despierta admiración la contemplación de la noble lucha del mérito, que conduce nuestros sentimientos a ese mundo donde la sensación cederá a la razón.

Entonces, las mujeres, o son consideradas seres morales, o bien son tan débiles que deben someterse enteramente a las facultades superiores de los hombres.

Analicemos esta cuestión. Rousseau expresa que una mujer jamás debería, ni por un momento, sentirse independiente, que debería moverse por el miedo a ejercitar su astucia *natural*, y que se trata de hacer de ella una esclava coqueta, con el fin de convertirse en un objeto de deseo más seductor, una compañía más *dulce* para el hombre, cuando quiera relajarse<sup>9</sup>. Lleva sus argumentos todavía más lejos, pretendiendo extraerlos de los indicios de la naturaleza, e insinúa que verdad y fortaleza, las piedras angulares de toda virtud humana, deberían ser cultivadas con ciertas restricciones, porque, en relación al carácter femenino, la obediencia constituye la gran lección que debe inculcarse con vigor implacable.

---

<sup>8</sup> Sentimientos similares suscita la grata imagen de la felicidad paradisiaca de Milton en mi mente; no obstante, en lugar de envidiar a la amorosa pareja, he vuelto al infierno con dignidad consciente u orgullo satánico, para buscar objetivos más sublimes. Lo mismo que me ha sucedido cuando, al contemplar algún noble monumento de las artes humanas, he encontrado la emanación divina en el orden que admiraba, hasta que, descendiendo de esa altura vertiginosa, me he encontrado en la contemplación de la más grande de todas las visiones humanas: porque la imaginación rápidamente se sitúa en algún solitario lugar escondido, marginado de la fortuna, y se alza superior a la pasión y el descontento. [N. de la A.]

<sup>9</sup> *Emilio*, V.

¡Qué sinsentido! ¿Cuándo surgirá un gran hombre con la suficiente fuerza de mente para hacer desvanecer los humos que el orgullo y la sensualidad han extendido sobre el asunto? O bien las mujeres son por naturaleza inferiores a los hombres y sus virtudes deben ser las mismas en cuanto a calidad, ya que no en grado, o la virtud constituye una noción relativa; en consecuencia, su conducta debería estar basada en los mismos principios y tener el mismo objetivo.

Vinculadas al hombre como hijas, esposas y madres, su carácter moral puede valorarse por la forma en que llevan a cabo estas simples obligaciones; pero el objetivo, el gran objetivo de su esfuerzo, debería ser realizar sus propias facultades y adquirir la dignidad de la virtud consciente. Pueden intentar hacer más placentero su camino, pero jamás deben olvidar, al igual que el hombre, que la vida no proporciona la felicidad que puede satisfacer a un alma inmortal. No deseo insinuar que cualquiera de los dos sexos debería perderse tanto en divagaciones abstractas o en perspectivas lejanas como para olvidar los afectos y las obligaciones que tienen enfrente y que son, en verdad, los medios indicados para producir el fruto de la vida; por el contrario, les recomendaría enérgicamente, e incluso afirmo, que proporcionan mayor satisfacción cuando se consideran bajo la luz verdadera y sobria.

Probablemente, la idea prevaleciente de que la mujer fue creada para el hombre haya surgido de la historia poética de Moisés; no obstante, como se puede presumir que muy pocos de los que han dedicado algún pensamiento serio al asunto han creído jamás que Eva era, literalmente hablando, una costilla de Adán, debe permitirse que la conclusión se venga abajo o sólo se admita para demostrar que el hombre, desde la antigüedad más remota, ha considerado conveniente ejercer su fuerza para dominar a su compañera y emplear su imaginación para manifestar que esta debía doblegar su cuello bajo el yugo porque toda la Creación fue fundada de la nada para su conveniencia y placer.

Que no se llegue a la conclusión de que deseo invertir el orden de las cosas. Ya he reconocido que, por la constitución de sus cuerpos, los hombres parecen designados por la Providencia para con-

seguir un grado mayor de virtud. Hablo del sexo en su conjunto; pero no encuentro vestigios de razón para justificar que sus virtudes deban ser diferentes respecto a su naturaleza. De hecho, ¿cómo podría ser así, si la virtud posee un único patrón eterno? Así pues, si razono en consecuencia, debo mantener con fuerza que se dirigen en la misma dirección simple, como que existe un Dios.

Se desprende, entonces, que la astucia no debe oponerse a la sabiduría; los pequeños cuidados a los grandes esfuerzos; o la suavidad insípida, disfrazada con el nombre de gentileza, a la fortaleza que sólo pueden inspirar las grandes visiones.

Se me dirá que la mujer perdería entonces muchos de sus encantos peculiares y se podría citar, para refutar mi poco cualificada afirmación, la opinión de un poeta conocido. Porque Pope ha dicho, en nombre de todo el sexo masculino:

Jamás estuvo ella tan segura de suscitar nuestra pasión  
como cuando tocaba el borde de todo lo que odiamos<sup>10</sup>.

Dejaré al juicioso determinar bajo qué luz coloca esta agudeza a hombres y mujeres. Mientras tanto, me contentaré con observar que, a menos que sean mortales, no puedo descubrir por qué debe menospreciarse siempre a las mujeres haciéndolas sirvientas del amor o la lujuria.

Sé que hablar irrespetuosamente del amor constituye una alta traición contra los sentimientos nobles y bellos; pero deseo hablar en el lenguaje sencillo de la verdad y dirigirme más a la cabeza que al corazón. Intentar expulsar el amor del mundo por medio del argumento racional sería ir más allá que don Quijote<sup>11</sup> y ofende por igual al sentido común; pero resulta menos aventurado intentar refrenar esta pasión tumultuosa y probar que no debe permitír-

---

<sup>10</sup> Pope, «Epistle II: To a Lady: Of the Characters of Women» (1735), *Moral Essays*, II, 51-52.

<sup>11</sup> Wollstonecraft se refiere aquí tanto a Miguel de Cervantes (1547-1616) como al héroe epónimo de su novela *Don Quijote*, la cual era, en parte, una parodia de los libros de caballerías.

sele destronar a los poderes superiores o usurpar el cetro que el entendimiento ha de empuñar con serenidad.

La juventud es la etapa del amor para ambos sexos y, en esos días de placer despreocupado se deben hacer previsiones para los años más importantes de la vida, cuando la reflexión toma el lugar de la sensación. Pero tanto Rousseau como la mayoría de los escritores que han seguido sus pasos han insistido con vehemencia en que la educación de las mujeres debe dirigirse en su totalidad a un punto: hacerlas agradables.

Discutamos con los que suscriben esta opinión y poseen algún conocimiento de la naturaleza humana. ¿Imaginan ellos que el matrimonio puede erradicar las costumbres de la vida? La mujer a la que sólo se le ha enseñado a agradar pronto descubrirá que sus encantos equivalen a rayos de sol oblicuos y que no surten mucho efecto sobre el corazón de su marido cuando son vistos todos los días, cuando el verano ya ha finalizado. ¿Tendrá entonces suficiente energía propia para buscar reposo dentro de ella misma y cultivar sus facultades adormecidas?, ¿o no resultará más racional esperar que trate de agradar a otros hombres y olvidar, con las emociones de las nuevas conquistas, la aflicción que ha recibido su amor o su orgullo? Cuando el marido deja de ser un amante, y ese momento inexorablemente llegará, su deseo de agradar se volverá lánguido o fuente de amargura; y quizá el amor, la más efímera de todas las pasiones, dará paso a los celos o a la vanidad.

Hablaré ahora de las mujeres que se refrenan por principios o prejuicios. Pese a que rehusarían una intriga amorosa con verdadera aversión, desean ser convencidas mediante el homenaje galante de que están cruelmente descuidadas por sus maridos; o transcurren días y semanas soñando con la felicidad de la que disfrutaban las almas congeniales, hasta que el descontento mina su salud y rompe su espíritu. ¿Cómo puede, entonces, ser el gran arte de agradar un estudio tan necesario? Sólo lo es para una amante. La esposa casta y madre formal debe considerar su poder de agradar sólo como el brillo de sus virtudes, y el afecto de su marido, uno de los consuelos que vuelven su tarea menos difícil y su vida más feliz. Pero, tanto si es amada o descuidada, su primer deseo debería consistir en hacer-

se respetable y no delegar toda su felicidad en un ser sujeto a las mismas debilidades que ella.

El ilustre doctor Gregory incurrió en un error similar. Respeto su corazón, pero desapruebo por completo su celebrado *A Father Legacy to his Daughters*.

Les recomienda cultivar su inclinación por los vestidos porque afirma que es lo natural en ellas. Soy incapaz de comprender lo que él o Rousseau quieren decir cuando utilizan con frecuencia este término indefinido. Si nos dijeran que, en un estado anterior, el alma se inclinaba por los vestidos y trajo esta predilección con ella a un nuevo cuerpo, debería escucharles medio sonriendo, como hago a menudo cuando oigo disparates acerca de la elegancia innata. Pero si sólo quería afirmar que el ejercicio de las facultades producirá esta inclinación, lo rechazo. No es natural, sino que surge, como la falsa ambición en los hombres, del amor por el poder.

El doctor Gregory va mucho más allá. En realidad aconseja disimular y recomienda a una muchacha inocente que desmienta sus sentimientos y no baile con atrevimiento, aun cuando la alegría de corazón vuelva sus pies expresivos sin hacer sus ademanes inmodestos. En nombre de la verdad y del sentido común, ¿por qué no debe reconocer una mujer que puede hacer más ejercicio que otra? ¿O, en otras palabras, que posee una constitución fuerte? ¿Y por qué, para sofocar la vivacidad inocente, ha de decirse de forma oscura que los hombres extraerán conclusiones en las que apenas ha reparado?<sup>12</sup> Que el libertino extraiga las deducciones que le parezcan; pero espero que ninguna madre sensata reprima la sinceridad natural de la juventud inculcándole advertencias tan indecentes. La boca predica la abundancia del corazón y un ser más sabio que Salomón ha dicho que el corazón debería ser purificado<sup>13</sup> y que no deberían respetarse ceremonias superficiales, que no re-

<sup>12</sup> El Dr. Gregory advierte en *A Father's Legacy* que las mujeres no deben sentirse orgullosas de la fuerza física (p. 57).

<sup>13</sup> Sal 24, 4-5: «El que tiene las manos limpias y puro el corazón; el que no rinde culto a los ídolos ni jura falsamente: él recibirá la bendición del Señor, la recompensa de Dios, su Salvador».

sultan muy difíciles de cumplir con exactitud escrupulosa cuando el vicio reina en el corazón.

Las mujeres deben tratar de purificar su corazón, pero ¿pueden hacerlo cuando sus entendimientos sin cultivar las hacen dependientes por completo de sus sentidos para estar ocupadas y divertirse, cuando ninguna actividad noble las sitúa por encima de las pequeñas vanidades diarias o les permite refrenar las emociones salvajes que agitan la caña, sobre la que cualquier brisa pasajera tiene poder? ¿Es necesaria la afectación para obtener el afecto de un hombre virtuoso? La naturaleza ha dotado a la mujer con una estructura más débil que al hombre; pero, para asegurarse el afecto de su marido, ¿debe una esposa transigir en emplear artes y fingir una delicadeza enfermiza, a la vez que el ejercicio de su mente y su cuerpo le ha permitido a su constitución mantener su fuerza natural y un tono saludable a sus nervios mientras cumplía las obligaciones de una hermana, esposa y madre? La debilidad puede suscitar la ternura y satisfacer el orgullo arrogante del hombre, pero las caricias complacientes de un protector no gratificarán a una mente noble que desea y merece ser respetada. ¿El cariño constituye un pobre sustituto de la amistad!

Concedo que en un serrallo son necesarias todas estas artes. El epicúreo debe sentir cosquillas en su paladar o se hundirá en la apatía; ¿pero tienen las mujeres tan poca ambición como para sentirse satisfechas con esa condición? ¿Pueden pasarse la vida soñando en medio del placer o de la languidez del cansancio, en lugar de reclamar su derecho a alcanzar placeres razonables y llamar la atención con la práctica de las virtudes que dignifican a la humanidad? Ciertamente no posee un alma inmortal quien puede malgastar la vida sólo en acicalar su persona, cuando podría distraer las lánguidas horas y suavizar los cuidados de un semejante deseoso de ser animado con sus sonrisas y bromas al concluir los asuntos serios de la vida.

Además, la mujer que fortalece su cuerpo y ejercita su mente ocupándose de su familia y practicando varias virtudes se convertirá en la amiga de su marido, en lugar de ser su humilde dependiente; y si la posesión de cualidades tan sustanciales merece su consideración, no le parecerá necesario disimular su afecto o pretender una frialdad

antinatural para excitar las pasiones de su marido. De hecho, si retomamos la historia, encontraremos que las mujeres que se han distinguido no han sido las más hermosas ni las más gentiles de su sexo.

La naturaleza o, para hablar con estricta corrección, Dios, ha hecho todas las cosas rectas, pero el hombre ha perseguido muchas cosas que han echado a perder su obra. Aludo ahora a la parte del tratado del doctor Gregory en la cual recomienda a una esposa que jamás permita que su marido conozca la magnitud de su sensibilidad o de su afecto<sup>14</sup>. Precaución voluptuosa, tan ineficaz como absurda. El amor, por su misma naturaleza, debe ser transitorio. Buscar un secreto que lo hiciese permanente resultaría una tarea tan extravagante como la búsqueda de la piedra filosofal o la gran panacea; y su descubrimiento sería igualmente inútil, o más bien dañino para la humanidad. El nexo más sagrado de la sociedad es la amistad. Como bien apuntó un agudo escritor satírico, «si raro es el amor verdadero, más rara todavía es la verdadera amistad»<sup>15</sup>.

Esto resulta una verdad evidente y su causa poco oscura, la cual no eludirá un breve estudio.

El amor, la pasión habitual en la que la casualidad y la sensación sustituyen a la elección y la razón, es sentido, en alguna medida, por toda la humanidad, por lo que en este momento no resulta necesario hablar de las emociones que se elevan por encima o se sumen por debajo del amor. Esta pasión, acrecentada de forma natural por la incertidumbre y las dificultades, aleja a la mente de su estado habitual e intensifica los afectos; pero la seguridad del matrimonio, que permite que la fiebre del amor mengüe hasta una temperatura saludable, es considerada insípida sólo por aquellos que no tienen suficiente intelecto para sustituir la admiración ciega y las emociones sensuales de cariño por la tranquila dulzura de la amistad y la confianza del respeto.

---

<sup>14</sup> J. Gregory: «If you love him, let me advise you never to discover to him the full extent of your love» [«Si lo amas, permíteme que te aconseje que nunca le descubras el verdadero alcance de tu amor»], *A Father's Legacy*, pp. 87-88.

<sup>15</sup> Francisco VI, duque de La Rochefoucauld (1613-1680), autor francés de gran número de brillantes aforismos.



Este es, debe ser, el curso de la naturaleza. La amistad o la indiferencia suceden inevitablemente al amor, y esta naturaleza parece armonizarse perfectamente con el sistema de gobierno que predomina en el mundo moral. Las pasiones estimulan la acción y abren la mente; pero se reducen a meros apetitos, convirtiéndose en una gratificación personal y momentánea, cuando se alcanza el objeto y la mente satisfecha reposa en su disfrute. El hombre que poseía alguna virtud mientras luchaba por una corona, con frecuencia se vuelve un tirano voluptuoso una vez que esta ciñe su frente; y cuando el marido continúa siendo amante, el senil, presa de los caprichos infantiles y los celos, abandona los serios deberes de la vida, y las caricias que debían provocar la confianza de sus hijos son malgastadas en una niña grande, su esposa.

Con el objetivo de cumplir con las obligaciones de la vida y ser capaces de perseguir con fuerza las distintas ocupaciones que forman el carácter moral, el padre y la madre de una familia no deberían continuar amándose con pasión. Quiero decir que no deben permitirse aquellas emociones que alteran el orden de la sociedad y absorben los pensamientos que deberían emplearse de otra forma. La mente que jamás se ha concentrado en un objeto carece de fuerza, y si es así por mucho tiempo se debilita.

Una educación equivocada, una mente estrecha y sin cultivar y muchos prejuicios sexuales tienden a hacer a las mujeres más constantes que los hombres, pero por el momento no abordaré este aspecto del asunto. Iré todavía más lejos y avanzaré, sin imaginar una paradoja, que con frecuencia un matrimonio infeliz conlleva ventajas para la familia y que, en general, la esposa abandonada es la mejor madre. Y así sería casi siempre si la mente femenina estuviese más desarrollada, pues parece ser el designio común de la Providencia que el placer que obtenemos en el presente debería deducirse de los tesoros de la vida, la experiencia. Y que no podemos recoger al mismo tiempo el fruto sólido del trabajo constante y la sabiduría cuando estamos recolectando las flores del día y deleitándonos en el placer. El camino se presenta ante nosotros y debemos girar a izquierda o derecha; y aquel que pase la vida saltando de un placer a otro no ha de quejarse si no alcanza sabiduría ni respetabilidad de carácter.

Suponiendo por un momento que el alma no es inmortal y que el hombre sólo fue creado para el momento presente, creo que podríamos quejarnos, con razón, de que el amor, cariño infantil, se volviese insípido y aburriese los sentidos. Comamos, bebamos y amemos porque mañana moriremos, sería, de hecho, el lenguaje de la razón, la moral de la vida; ¿quién sino un insensato desearía una realidad por una ilusión efímera? Pero si, sobrecogidos al observar los perfectibles poderes de la mente, no nos dignamos a limitar nuestros deseos o pensamientos a un terreno de acción comparativamente tan pobre, que sólo resulta grande e importante cuando está conectado con perspectivas ilimitadas y esperanzas sublimes, ¿qué necesidad hay de un comportamiento falso y por qué debe ser violada la sagrada majestad de la virtud para detener un bien engañoso que socava el fundamento mismo de la virtud? ¿Por qué ha de corromperse la mente femenina con las artes de la coquetería para satisfacer al libertino y evitar que el amor se convierta en amistad o en ternura misericordiosa, cuando no existen cualidades sobre las que construir la amistad? Que el corazón honesto se muestre como es y la razón enseñe a la pasión a someterse a la necesidad; o que la digna búsqueda de la virtud y el conocimiento eleve la mente sobre aquellas emociones que amargan más que endulzan el cáliz de la vida, cuando no se encuentran restringidas dentro de los límites debidos.

No quiero aludir a la pasión romántica que está vinculada al talento. ¿Quién puede recortar sus alas? Pero esa gran pasión no proporcional a los placeres insignificantes de la vida sólo es fiel al sentimiento y se alimenta a sí misma. Las pasiones que se han celebrado por su duración siempre han resultado desafortunadas. Su fuerza ha sido adquirida por la ausencia y la melancolía de su carácter. La imaginación ha girado en torno a una forma de belleza débilmente perceptible; pero la familiaridad habría podido transformar la admiración en disgusto o, al menos, en indiferencia y así la ociosa imaginación habría permitido comenzar un nuevo juego. De acuerdo con esta visión de las cosas, Rousseau, con perfecta propiedad, hace que la dueña de su alma, Eloísa,

ame a St. Preux<sup>16</sup> cuando la vida se iba apagando ante ella; pero esto no es prueba de la inmortalidad de la pasión.

Del mismo tipo es el consejo del doctor Gregory respecto a la delicadeza de sentimiento, que recomienda a la mujer no adquirir si ha decidido casarse. No obstante, llama a esta determinación, perfectamente consecuente con su consejo previo, *indecorosa* y persuade a sus hijas con toda seriedad para que la disimulen, aunque sus conductas puedan estar gobernadas por ella, como si resultase indecoroso poseer los apetitos comunes de la naturaleza humana.

¡Noble moral!, consecuente con la cautelosa prudencia de un alma pequeña que no puede extender sus valoraciones más allá del minuto presente de la existencia. Si todas las facultades de la mente femenina sólo deben cultivarse si respetan su dependencia del hombre; si cuando consigue un esposo ha llegado a su meta y, mezquinamente orgullosa, descansa satisfecha con semejante miserable corona, que se humille felizmente, ascendida apenas por su empleo sobre el reino animal; pero si, luchando por alcanzar su elevada vocación, mira más allá de la situación presente, que cultive su entendimiento sin pararse a considerar qué carácter tendrá el marido con el que está destinada a casarse. Que ella sola se determine, sin inquietarse demasiado por la felicidad presente, a adquirir las cualidades que ennoblecen al ser racional y que un marido poco elegante y grosero pueda impresionar su gusto sin destruir su paz mental. No moldeará su alma para adaptarse a las flaquezas de su compañero, sino para soportarlas; su carácter puede ser un padecimiento, pero no un impedimento para la virtud.

Si el doctor Gregory limita su comentario a las expectativas románticas de amor constante y sentimientos agradables, debería haber recordado que la experiencia aparta lo que el consejo nunca puede hacer que dejemos de desear, cuando la imaginación se mantiene viva a expensas de la razón.

<sup>16</sup> La muy exitosa novela de Rousseau *La nueva Eloísa* (también conocida como *Julia*) (1761), estaba basada en la historia de amor medieval del filósofo Pedro Abelardo (1079-1142), quien aquí aparece como «St. Preux», y su discípula, Eloísa.

Reconozco que con frecuencia acontece que las mujeres que han fomentado una delicadeza de sentimientos romántica y no natural desperdicien sus vidas<sup>17</sup> en *imaginar* lo felices que hubieran sido con un esposo que pudiera amarlas con un cariño ardiente cada día mayor y por siempre. Pero podrían languidecer tanto casadas como solteras y no serían ni un ápice más infelices con un mal marido que deseando uno bueno. Reconozco que una educación adecuada o, hablando con mayor precisión, una mente bien equipada, posibilitaría a una mujer soportar la vida de soltera con dignidad; pero que evite cultivar su gusto en caso de que su marido lo ofenda ocasionalmente es abandonar una realidad por una sombra. A decir verdad, no sé qué utilidad trae consigo mejorar el gusto si no hace al individuo más independiente de las desgracias de la vida, si no se abren nuevas fuentes de disfrute que únicamente dependan de las operaciones solitarias de la mente. La gente de gusto, casada o soltera sin distinción, siempre se indignará ante varias cosas que no afectan a las mentes menos observadoras. No debe permitirse que el argumento dependa de esta conclusión, pero, en la suma global del placer, ¿ha de decirse que el gusto es una bendición?

La cuestión es si procura más placer o dolor y la respuesta decidirá el carácter correcto del consejo del doctor Gregory y mostrará cuán absurdo y tiránico resulta establecer un sistema de esclavitud o intentar educar a los seres morales por cualesquiera otras reglas que las que se deducen de la razón pura y que son aplicables al conjunto de la especie.

La suavidad de conducta, la paciencia y la longanimidad constituyen cualidades tan amables y divinas que la Deidad, con tono poético y sublime, ha sido investida con ellas; y quizá ninguna representación de su bondad le ha asegurado tan enérgicamente el afecto humano como esas representaciones que la describen generosa en misericordia y dispuesta al perdón. La dulzura, considerada desde este punto de vista, porta en su frente todas las características de la grandeza, combinadas con los encantos atractivos de la condescendencia; pero qué aspecto tan diferente cobra cuando se trata de la

---

<sup>17</sup> Por ejemplo, el rebaño de novelistas. [N. de la A.]

conducta sumisa de la dependencia, el soporte de la debilidad que ama porque necesita protección y es paciente porque debe soportar los daños silenciosamente, sonriendo bajo el látigo al que no se atreve a enfrentarse. Abyecta como esta imagen es el retrato de una mujer instruida, según la opinión aceptada de la excelencia femenina, separada por argumentadores engañosos de la excelencia humana, que otras veces restauran<sup>18</sup> compasivos la costilla y hacen un ser moral del hombre y de la mujer, sin olvidarse de otorgarle a ella todos los «sumisos encantos»<sup>19</sup>.

No se dice cómo viven las mujeres en ese estado donde no hay matrimonio ni promesa de matrimonio<sup>20</sup>. Pues aunque los moralistas están de acuerdo en que el curso de la vida parece probar que, por diversas circunstancias, el *hombre* está preparado para un estado futuro, continuamente coinciden en recomendar a la *mujer* que sólo procure del presente. Sobre esta base se recomienda constantemente la dulzura, la docilidad y el afecto servil del *spaniel* como las virtudes cardinales del sexo; e, ignorando la economía arbitraria de la naturaleza, un escritor ha declarado que resulta masculino para una mujer ser melancólica. Fue creada para ser juguete del hombre, su sonajero, y debe cascabelear en su oído siempre que, al desechar la razón, elija divertirse.

Ciertamente, recomendar la dulzura de manera general resulta estrictamente filosófico. Un ser frágil debería esforzarse para ser dulce. Pero cuando la paciencia confunde lo correcto y lo erróneo, deja de ser una virtud; y por muy convenientemente que se crea en un compañero, este será siempre considerado como inferior y sólo inspirará una ternura insulsa, que degenera fácilmente en desprecio. De todos modos, si el consejo pudiera realmente hacer dulce a un ser cuya disposición natural no admitiera semejante fino puli-

<sup>18</sup> Véanse Rousseau y Swedenborg. [*N. de la A.*] [*N. del E.*: Emanuel Swedenborg (1688-1772), científico y místico suizo quien en *Conjugal Love* (1768) argumentaba que el matrimonio era la unión del hombre (la razón) y la mujer (la intención) en nombre de un propósito espiritual superior.]

<sup>19</sup> Milton, *El paraíso perdido*, IV, 497-499.

<sup>20</sup> Mt 22, 30: «Primeramente, en la resurrección no se toma mujer ni esposo, sino que son como ángeles en el Cielo».

do, algo se conseguiría que llevase al avance del orden; pero si, como puede demostrarse rápidamente, ese consejo indiscriminado sólo produce afectación, que arroja un escollo en el camino del perfeccionamiento gradual y la mejora del temperamento, el sexo femenino no se beneficia mucho más al sacrificar virtudes sólidas para obtener encantos superficiales, aunque puedan proporcionar a algunas mujeres, durante algunos años, poder real.

Como filósofa, leo con indignación los epítetos verosímiles que los hombres emplean para atenuar sus insultos, y, como moralista, pregunto qué quieren decir con semejantes asociaciones heterogéneas, tales como bellos defectos, debilidad amable, etc. Si sólo existe un criterio moral y un arquetipo para el hombre, las mujeres parecen estar suspendidas por el destino, de acuerdo con el relato vulgar del féretro de Mahoma; no poseen el instinto infalible de las bestias ni se les permite fijar la mirada de la razón sobre un modelo perfecto. Fueron hechas para ser amadas y no deben pretender el respeto, si no quieren ser perseguidas por la sociedad como masculinas.

Pero, para ver el tema desde otro punto de vista: ¿son las mujeres pasivas e indolentes las mejores esposas? Limitemos nuestra discusión al momento presente de la existencia y observemos cómo semejantes débiles criaturas representan la parte que les corresponde. Las mujeres que con la obtención de ciertos talentos superficiales han fortalecido los prejuicios prevalecientes, ¿contribuyen a la felicidad de sus maridos simplemente? ¿Exteriorizan sus encantos para entretenerlos meramente? Y ¿posee suficiente carácter para dirigir una familia o educar a sus hijos la mujer que desde muy temprano ha asimilado nociones de obediencia pasiva? Tan lejos está de ello que, tras investigar la historia de la mujer, hasta ahora no puedo dejar de estar de acuerdo con los críticos más severos al considerar a nuestro sexo el más débil, así como la mitad más oprimida de la especie. ¿Qué otra cosa revela la historia, sino marcas de inferioridad, y cuántas mujeres han logrado emanciparse del yugo irritante del hombre soberano? Tan pocas que las excepciones me recuerdan una ingeniosa conjetura sobre Newton: probablemente fue un ser de un orden superior, enjaulado accidentalmente en un cuerpo humano. Siguiendo el mismo curso de razonamiento, he

sido llevada a imaginar que las pocas mujeres extraordinarias que se han salido en direcciones excéntricas, fuera de la órbita prescrita para su sexo, fueron espíritus masculinos, confinados por error en cuerpos femeninos. Pero si no es filosófico pensar en el sexo cuando se menciona el alma, la inferioridad debe depender de los órganos, o el fuego celestial que hace fermentar la arcilla no ha sido otorgado en proporciones iguales.

Pero evitando, como he hecho hasta el momento, cualquier comparación directa de los dos sexos en su conjunto, o reconociendo con franqueza la inferioridad de la mujer, de acuerdo con la apariencia presente de las cosas, solamente insistiré en que los hombres han aumentado esa inferioridad hasta hundir a las mujeres casi por debajo del tipo de criaturas racionales. Dejemos a sus facultades el espacio necesario para que se desarrollen y que sus virtudes se hagan fuertes y determinemos entonces dónde debe ponerse todo el sexo en la escala intelectual. Sin embargo, recuérdese que no pido un lugar para un número pequeño de mujeres distinguidas.

Resulta difícil para nosotros, mortales cegatos, decir a qué altura pueden llegar los descubrimientos y progresos humanos cuando decaiga la oscuridad del despotismo que nos hace tropezar a cada paso; pero cuando la moralidad esté asentada sobre una base más sólida, entonces, sin estar dotada de espíritu profético, me aventuraré a predecir que la mujer será bien la amiga, bien la esclava del hombre. No dudaremos, como en el presente, si es un agente moral o es el vínculo que une al hombre con los animales. Pero si parece entonces que, como las bestias, fueron creadas fundamentalmente para el uso del hombre, se las dejará morder la brida pacientemente y nadie se mofará de ellas con cumplidos vacíos; al igual que, si se prueba su racionalidad, no se impedirá su perfeccionamiento para satisfacer meramente sus apetitos sensuales. No se les recomendará implícitamente, con todos los encantos de la retórica, que sometan sus entendimientos a la guía del hombre. Cuando se trate de su educación, no se afirmará que nunca deben emplear la razón libremente, ni se recomendará astucia y disimulo a los seres que estén adquiriendo, con sus propias maneras, las virtudes de la humanidad.

Sin duda, si la moralidad posee cimientos eternos, sólo puede haber una regla de derecho, y quienquiera que sacrifique la virtud en su sentido estricto a la conveniencia presente, o cuyo deber sea actuar de semejante manera, vive sólo para el día efímero y no puede ser una criatura responsable.

Entonces el poeta estaría burlándose cuando afirmó:

Si las débiles mujeres se extravían,  
Las estrellas son más culpables que ellas<sup>21</sup>.

Porque es más cierto que están atadas a la inquebrantable cadena del destino si se prueba que nunca van a ejercitar su propia razón, nunca serán independientes, nunca van a situarse por encima de la opinión o a sentir la dignidad de una voluntad racional que sólo se inclina a Dios y con frecuencia olvida que el universo contiene a otros seres además de a él y el modelo de perfección al que se vuelve su mirada ardiente para adorar los atributos que, suavizados en las virtudes, pueden ser imitados en clase, aunque su grado abruma a la mente cautivada.

Si (afirmo, y no busco impresionar mediante la declamación, cuando la razón ofrece su propia luz) son realmente capaces de actuar como criaturas racionales, no las tratemos como esclavas o como animales que son dependientes de la razón del hombre cuando se asocian con él, sino cultivemos sus mentes, démosles lo saludable, el freno sublime del principio, y permitámosles lograr una dignidad consciente al sentirse sólo dependientes de Dios. Enseñémosles, en común con los hombres, a someterse a la necesidad, en vez de dar un sexo a la moral para hacerlas más placenteras.

Más aún, debería la experiencia probar que, permitiéndoles que sus virtudes sean de la misma clase, no pueden lograr el mismo grado de fortaleza de mente, perseverancia y entereza, aunque luchan en vano para obtener ese mismo grado; y la superioridad del hombre será igualmente clara, si no más; y la verdad, como es un

---

<sup>21</sup> Matthew Prior (1664-1721), «Hans Carvel» (1701), II, 11-12.



principio básico que no admite modificación, sería común a ambos. Yendo más lejos, no se invertirá el orden de la sociedad tal como está regulado en el presente, ya que entonces la mujer sólo tendrá el rango que la razón le asigne y no podrían ser practicadas artes para equilibrar la balanza y mucho menos para invertirla.

Estas cuestiones pueden llamarse sueños de utopía. Se lo agradezco al Ser que los imprimió en mi alma y me dio suficiente fuerza de mente para atreverme a ejercer mi propia razón, hasta llegar a ser sólo dependiente de Él para apoyar mi virtud: veo con indignación las nociones erróneas que esclavizan a mi sexo.

Quiero al hombre como compañero; pero su cetro, real o usurpado, no se extiende hasta mí, salvo que la razón de un individuo demande mi homenaje; e incluso entonces la sumisión es a la razón y no al hombre. De hecho, la conducta de un ser responsable debe ser regulada mediante las operaciones de su propia razón, pues, de lo contrario, ¿sobre qué bases descansa el trono de Dios?

Considero necesario hacer hincapié en estas verdades obvias, pues las mujeres han sido aisladas, por así decirlo. Y mientras han sido despojadas de las virtudes que deberían vestir a la humanidad, se las ha engalanado con encantos artificiales que las capacitan para ejercer una breve tiranía. Como el amor ocupa en su pecho el lugar de toda pasión más noble, su única ambición es ser bellas para suscitar emociones en lugar de inspirar respeto; y este deseo inno-ble, del mismo modo que el servilismo en las monarquías absolutas, destruye toda fortaleza de carácter. La libertad es la madre de la virtud y si las mujeres son, por su misma constitución, esclavas y no se les permite respirar el aire vigoroso de la libertad, deben languidecer por siempre y ser consideradas como exóticos y hermosos defectos de la naturaleza.

Respecto al argumento de la sujeción a la que nuestro sexo siempre ha sido sometido, lo devuelvo al hombre. La mayoría siempre ha sido subyugada por unos pocos y han tiranizado a cientos de sus semejantes monstruos que apenas han mostrado algún discernimiento de la excelencia humana. ¿Por qué hombres de atributos superiores se han sometido a tal degradación? Porque no es universalmente reconocido que los reyes, considerados en conjunto, siem-

pre han sido inferiores en capacidad y virtudes al mismo número de hombres tomados de la masa común de la humanidad. ¿No es esto así todavía y son tratados con un grado de reverencia que constituye un insulto a la razón? China no es el único país donde a un hombre, en vida, se le ha hecho un dios. Los *hombres* se han sometido a la fuerza superior para disfrutar con impunidad del placer del momento; las *mujeres* sólo han hecho lo mismo y, por ello, hasta que sea probado que el cortesano que renuncia servilmente a los derechos de nacimiento de un hombre no actúa según la moral, no se puede demostrar que la mujer es esencialmente inferior al hombre porque siempre ha estado subyugada.

Hasta ahora, la fuerza brutal ha gobernado al mundo y es evidente que la ciencia política se encuentra en su infancia, pues los filósofos dudan en dar dicha distinción final al conocimiento más útil para el hombre.

No continuaré con este argumento más allá que para establecer una inferencia obvia: cuando la política sana difunda la libertad, la humanidad, incluidas las mujeres, se volverá más sabia y virtuosa.